

El Papa, informado de las pretensiones de la muchedumbre, no quiso presentarse. «Ministro del Dios de paz, dijo, no debo bendecir las antorchas que pudieran incendiar á la Europa.»

El pueblo, irritado al oír la primera rotunda negativa de parte de Su Santidad, insistió en pedir la bendición. Un delegado de Su Santidad se presentó diciendo al pueblo: «El Papa se halla indispuerto, y en estos momentos no le es posible manifestarse.»

«Siendo así, contestó la multitud, bendiga las banderas que mañana han de conducirnos á la victoria.»

El delegado transmitió al Pontífice la expresion de los deseos del pueblo; y el Papa, dando una prueba casi increíble de incomparable amabilidad y dulzura, consintió en recibir una comision de cinco personas.

Cuatro individuos, precedidos por el sargento Sopranzi, se presentaron á Su Santidad llevando una bandera con los colores pontificios.

El Papa, que estaba sentado en un gran sillón, se levantó para recibirlos, y con la paternal sonrisa que le caracteriza; «¿Con qué, hijos míos, les dijo, es cierto que mañana partís?

—Sí, Beatísimo Padre, respondió en nombre de la comision el sargento Sopranzi.

—¿Sabeis, replicó el Papa, sabeis á dónde vais?

—Á donde nos conduzcan nuestros jefes, Padre Santo.

—Está bien, amigos míos; empero será mejor que oigais de mis labios vuestro destino.

«Sabed que marchais únicamente para ir á proteger las fronteras de nuestros Estados. Guardaos bien de pasarlas; porque, si lo hiciérais, no solo faltaríais á mis órdenes, si que tambien acarrearíais á las tropas pontificias la responsabilidad de la agresion, que por ningun concepto puede corresponderles.

«Marchad, pues, hijos míos; solo á las fronteras; os lo repito, no mas allá; tal es mi voluntad.»

El Papa bendijo en seguida la bandera, admitiendo á los cinco comisionados á que le besaran el pié.

Al salir del Quirinal la muchedumbre les recibió con ansiedad. ¿Qué os ha dicho el Padre Santo? les preguntaba.

Sopranzi, levantando la voz, dijo: «Nos ha recibido con familiaridad paternal; la sonrisa no se ha apartado ni un solo momento de sus hermosos labios; ha bendecido esta bandera, y en ella á todas nuestras banderas; nos ha bendecido á nosotros, y en nosotros á todos nuestros representados; una cosa nos ha encargado, y es, que fuésemos á la frontera; empero solo á la frontera; que defendiéramos nuestros Estados sin atacar los Estados ajenos.»

Al oír esto un grupo de arrojados se precipitó sobre Sopranzi diciéndole: «¡Desgraciado! ¿qué haces? ¿No ves que enfrias el calor de la juventud? ¿no ves que pondrás obstáculos á su marcha? ¿Qué piensas hacer con esta bandera?

—Llevarla al Ministro de la Guerra, contestó.»

Mas en seguida uno de los agitadores se lanzó sobre él, arrebatóle la bandera, y se encargó de llevarla triunfante por las calles, hasta depositarla en el Ministerio.

Á Sopranzi le rodearon algunas turbas, dándole á entender que su mision había terminado.

De lo escrito se infiere que las manos del Papa se conservaron limpias de la sangre derramada por la impremeditacion de los agitadores atolondrados.

Preciso es reconocer que la guerra al Austria era inmensamente popular. Gran número de jóvenes se alistaron para emprenderla.

Las tropas expedicionarias fueron revisadas en la plaza de San Pedro uno de los primeros dias de marzo, víspera de la marcha, por los generales Ferrari y Durando, acompañados del P. Gavazzi, que tomó el título de Gran capellan de la Independencia italiana.

Mientras los soldados partian para la frontera, y la Italia sentia hervir, cada dia con mas fuerza, el vapor de las pasiones nacionales, Pio IX escribió las siguientes líneas:

«Á los pueblos de Italia, salud y bendicion apostólica.

«Los acontecimientos que de dos meses á esta parte se han sucedido y encaadenado con tanta rapidez no son la obra de los hombres. ¡Desgraciado el que no escucha la voz de Dios en el viento que agita, abate y rompe los cedros y los cañaverales! ¡Desgraciado el orgullo humano, si atribuye á las faltas ó al mérito de cualquier hombre que sea esas maravillosas revoluciones, en vez de adorar en ellas los secretos designios de la Providencia, ya sea que se manifiesten por las vias de su justicia, ó por las de su misericordia; porque ella es la que tiene en sus manos todos los imperios de la tierra! Y Nos, á quien se ha dado la palabra para *interpretar la muda elocuencia de las obras de Dios*, no podemos permanecer silenciosos en medio de los recuerdos, de los temores y de las esperanzas que agitan los corazones de nuestros hijos.

«Desde luego debemos deciros, que si se conmovió nuestra alma al saber de qué modo en una parte de la Italia la intervencion de la Religion supo prevenir los peligros de tales cambios, y cómo la caridad con sus actos hizo estallar la nobleza de sus corazones, no pudimos ni podemos sin embargo dejar de affirirnos profundamente por los insultos que en otras partes tuvieron que sufrir los ministros de esta misma Religion. Aun cuando, olvidando nuestro deber, nos fuese dado pasar en silencio tamaños insultos, ¿pudiera este mismo silencio impedir que fuese un estorbo la eficacia de nuestras bendiciones?

«No podemos dejar de deciros además que el buen uso de la victoria es todavía cosa mas grande y mas difícil que la victoria misma. Si el tiempo presente recuerda una época anterior de vuestra historia, que los hijos se aprovechen de los errores de sus padres; acordaos ¡que toda estabilidad y prosperidad tienen por primera razon civil la concordia! ¡que solo Dios es el que une á los habitantes de una misma morada! ¡que solo Dios concede este beneficio á los hombres humildes y mansos, á los que respetan sus leyes en la libertad de su Iglesia, en el orden de la sociedad y en la caridad para con todos! Acordaos que solo la justicia edifica, que las pasiones no saben sino destruir, y que el que toma el nombre de Rey de reyes se llama tambien el dominador de los pueblos.

«¡Ojalá lleguen nuestras oraciones al Señor, y hagan que descienda sobre vosotros aquel espíritu de prudencia, de fuerza y de sabiduria, del cual el temor de Dios es el principio, para que nuestros ojos vean la paz en toda esta Italia, que si bien *en nuestra caridad universal para el mundo católico no podemos llamar la mas querida*, no obstante, es la que mas de cerca vemos,



amamos y compadecemos, por haber dispuesto Dios, en su bondad infinita, que nuestra Silla estuviera en medio de ella!»

Las tropas expedicionarias se dirigieron á Bolonia; el día 5 de abril el general Durando les dirigió la siguiente proclama, que causó al pacífico corazón del Pontífice el mas agudo dolor:

«¡Soldados!

«Hemos sido bendecidos por la mano del gran Pontífice, como nuestros antepasados lo fueron peleando en la noble tierra lombarda: el santo, el justo, el bueno entre todos los hombres ha comprendido que, para el que huella todo derecho, toda ley divina y humana, la razon extrema de las armas es la única justa, la única posible.

«Ha llegado el momento en que la natural compasion de su alma seria una connivencia culpable con la iniquidad, porque ha reconocido que si la Italia no sabia defenderse, se veria entregada por el Gobierno austriaco al pillaje, á la violencia, á la crueldad de una milicia salvaje, al incendio, al asesinato, á la ruina.

«Radetzki hace la guerra á la cruz de JESUCRISTO.

«Pio IX ha bendecido vuestros aceros unidos á los de Carlos Alberto.

«Vuestras espadas deben exterminar á los enemigos de Dios y de la Italia, y de los que han ultrajado á Pio IX, profanado las iglesias de Mantua y asesinado á nuestros hermanos los lombardos. Esta guerra de la civilizacion contra la barbarie no es absolutamente una guerra nacional, es una guerra cristiana.

«¡Soldados!

«He dispuesto que todos llevemos la cruz de JESUCRISTO en el pecho. Cuantos pertenezcan al ejército de operaciones la llevarán sobre el corazón como yo la llevo.

«Con la cruz y por ella vencerémos, como vencieron nuestros padres. Que nuestro grito de guerra sea: ¡Dios lo quiere!»

Á una simple lectura se comprende que del alma de Pio IX llena de mansedumbre no habia podido salir la inspiracion de este escrito, que respira en todas sus frases sangre y venganza.

Y ¿cómo no habia de ser una extralimitacion palmaria de las facultades del General el presentar aliadas íntimamente las banderas del Pontificado y de Carlos Alberto? Pio IX solo pretendia conservar el patrimonio de la Iglesia, herencia recibida de la piedad de otros siglos como á baluarte de su independencia religiosa; Carlos Alberto llevaba en el alma el programa realizado por su hijo, esto es, el pensamiento de la absorcion de todos los Estados italianos, para empuñar él solo el cetro de la Península.

Así es que en el diario oficial de Roma, cinco dias despues de haberse publicado la proclama de Durando, se insertó la declaracion importante que va á leerse:

«Una órden del día fechada en Bolonia el 5 de abril dirigida á las tropas expresa ideas y sentimientos que atribuye á los labios y al corazón del Soberano Pontífice. Cuando el Papa tiene que hacer declaraciones y manifestar sentimientos, lo hace *él mismo*, sin necesidad de recurrir jamás á la boca de un subalterno.»

En las orillas del Adige, del Mincio y del Po se organizó una verdadera guerra entre los generales romanos y los de Carlos Alberto por una parte, y los generales Radetzki y de Aspre por otra.

En el entre tanto Roma iba presentando un aspecto cada día mas siniestro. La cuestion política tomaba el carácter de cuestion social. Los aristócratas y los ricos eran insultados. Los pobres pedian limosna puñal en mano, y en nombre del pueblo se libraban letras y documentos de crédito contra determinados capitalistas.

Las calumnias esparcidas sobre los proyectos é intenciones del Papa alarmaban los ánimos en Alemania, á cuyos pueblos los protestantes representaban al Pontífice romano como á enemigo de su paz y prosperidad. Hablábase de la posibilidad de un cisma con el Austria, y empezaban las masas á familiarizarse con la idea de que el Papa tenia determinadas predilecciones nacionales.

Pio IX creyó llegado el momento de dirigir al universo su palabra apostólica, y lo hizo en la siguiente encíclica, una de las mas notables salidas de su pontificado:

«Mas de una vez, venerables hermanos, nos hemos levantado en medio de vosotros contra la audacia de algunos hombres que no se han avergonzado de hacer á Nos y á la Santa Sede apostólica la injuria de decir que nos hemos separado, no solamente de las santísimas instituciones de nuestros predecesores, sí que tambien (¡blasfemia horrible!), en mas de un punto capital, de la Iglesia. Hoy mismo todavía hay personas que hablan de Nos, como si fuéramos el principal autor de las conmociones públicas que durante estos últimos tiempos han turbado muchos países de la Europa y particularmente la Italia. Sabemos particularmente que en ciertos territorios alemanes de la Europa se ha hecho cundir el rumor, entre el pueblo, que el Pontífice romano, ya sea por medio de emisarios, ó bien por el de otras maquinaciones, ha excitado á las naciones italianas á provocar nuevas revoluciones políticas. Hemos sabido tambien que algunos enemigos de la religion católica han tomado de ello pié para sublevar los sentimientos de venganza en las poblaciones alemanas, para separarlas de la unidad de esta Silla apostólica.

«Ciertamente no nos cabe duda alguna que los pueblos de la Alemania católica y los venerables pastores que los guian rechazarán muy léjos de sí y con horror estas crueles excitaciones. No obstante, creemos de nuestro deber prevenir el escándalo que hombres inconsiderados y demasiado sencillos pudieran recibir, y rechazar la calumnia, que no se dirige solamente á nuestra humilde persona, sí que tambien, remontándose hasta el supremo apostolado de que estamos investidos, cae sobre esta Santa Sede. No pudiendo nuestros detractores producir prueba alguna de las maquinaciones que nos imputan, se esfuerzan en esparcir sospechas sobre los actos de la administracion temporal de nuestros Estados. Para arrancar hasta este pretexto de calumnia contra Nos, es por lo que queremos exponer hoy claramente y en alta voz ante vosotros el origen y la reunion de todos estos hechos.

«No ignorais, venerables hermanos, que ya á la fin del reinado de Pio VII, nuestro predecesor, los principales Soberanos de la Europa insinuaron á la Sede apostólica el consejo de adoptar para gobierno de los negocios civiles un sistema de administracion mas fácil y conforme á los deseos de los seglares. Mas tarde, en 1831, los consejos y los votos de aquellos soberanos fueron mas solemnemente expresados en el célebre *Memorandum* que los emperadores de Austria y Rusia, el rey de los franceses, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia, creyeron deber enviar á Roma por medio de sus embajado-



res. Tratábase en este escrito, entre otras cosas, de la convocacion en Roma de una Consulta de Estado, formada por la concurrencia del Estado pontificio todo entero, de una nueva y amplia organizacion de las Municipalidades, del establecimiento de los consejos provinciales, de otras instituciones igualmente favorables á la prosperidad comun, de la admision de los laicos en todas las funciones de la administracion pública y del orden judicial. Estos dos últimos extremos se presentan como principios *vitales* de gobierno. Otras notas de los mismos embajadores mencionaban que debia concederse un amplio perdon á todos ó á cuási todos los súbditos pontificios que habian sido infieles á su Soberano.

«Nadie ignora que algunas de semejantes reformas fueron llenadas por el papa Gregorio XVI, nuestro antecesor, y que otras fueron prometidas en los edictos expedidos de su orden aquel mismo año 1831. Sin embargo, tales beneficios de nuestro predecesor no satisficieron al parecer plenamente los votos de aquellos Soberanos, ni fueron suficientes para afirmar el bienestar y el sosiego en toda la extension de los Estados temporales de la Santa Sede.

«Por esto, desde el primer día en que por los impenetrables juicios de Dios fuimos elevados á este lugar, sin estar excitados por las exhortaciones ni por los consejos de persona alguna, empero impulsados por nuestro ardiente amor al pueblo sometido á la dominacion temporal de la Iglesia, concedimos el mas amplio perdon á los que habian sido infieles al Soberano y al Gobierno pontificio, y nos apresuramos á dar algunas instituciones que nos parecieron serian favorables á la prosperidad de este mismo pueblo. Todos estos actos que señalaron los primeros días de nuestro pontificado son plenamente conformes á los deseos que habian manifestado los soberanos de la Europa.

«Desde que con el auxilio de Dios habíamos puesto en ejecucion nuestro pensamiento, nuestros súbditos y los pueblos inmediatos parecieron tan llenos de júbilo y nos rodearon de tantos testimonios de reconocimiento y de respeto, que nos vimos obligados á contener en sus justos límites las aclamaciones populares en esta santa Ciudad, los aplausos, y las reuniones demasiado entusiastas de la poblacion.

«Todos conoceis bien, venerables hermanos, las palabras de nuestra alocucion en el consistorio del 4 de octubre, por las cuales recomendamos á los soberanos una paternal benevolencia y los sentimientos mas afectuosos hácia sus súbditos, al mismo tiempo que de nuevo exhortábamos á los pueblos á la fidelidad y obediencia á los príncipes. Hemos hecho cuanto ha dependido de Nos por medio de nuestras advertencias y exhortaciones, á fin de que todos firmemente adheridos á la doctrina católica, fieles observantes de las leyes de Dios y de la Iglesia, se aplicaran al mantenimiento de la concordia mútua, de la tranquilidad y de la caridad para todos.

«¡Ojalá que Dios hubiera permitido que este resultado tan deseado hubiese correspondido á nuestras palabras paternales y á nuestras exhortaciones! Empero son bien conocidas las conmociones políticas de los pueblos de Italia, de los que acabamos de hablar. Públicos son los acontecimientos que se han operado ya ó que han tenido lugar despues, tanto en Italia como fuera de sus límites. Si álguien pretende que tales sucesos en cierto modo han salido de las medidas que nuestra bondad y nuestro afecto nos sugirieron al principio de nuestro pontificado, no podrá de manera alguna imputárnoslo á crimen, si se atiende á que no hicimos otra cosa mas que lo que se creia, tanto por nos-

otros como por los indicados príncipes, que seria útil á la prosperidad de nuestros súbditos temporales. En cuanto á los que en nuestros propios Estados han abusado de nuestros beneficios, les perdonamos, á ejemplo del divino Príncipe de los pastores, con toda nuestra alma, y les llamamos con amor á mas santas ideas; suplicando ardientemente á Dios, padre de misericordia, aparte con clemencia de sus cabezas los castigos que reserva para los ingratos.

«Los pueblos de Alemania que hemos designado no podrán acusarnos, no habiéndonos en realidad sido posible contener el ardor de aquellos de nuestros súbditos que han aplaudido los acontecimientos que han tenido lugar contra tales pueblos en la alta Italia, y que, inflamados de un idéntico amor por su nacionalidad, han ido á defender una causa comun para todos los pueblos italianos. En efecto, hasta muchos otros príncipes europeos, sostenidos por las fuerzas militares mas considerables que las nuestras, no han podido resistir á las revoluciones que en la misma época han sublevado los pueblos. Y como quiera que sea, en este estado de cosas, no hemos dado otras órdenes á los soldados enviados á las fronteras, que las de defender la integridad y la inviolabilidad del territorio pontificio.

«Hoy, lo mismo que siempre, en que muchos piden que reunidos á los pueblos y á otros príncipes de Italia declaremos la guerra al Austria, hemos creído de nuestro deber protestar formalmente y con vigor á la faz de esta solemne asamblea contra semejante resolucion, contraria á nuestras ideas, atendido que, á pesar de nuestra indignidad, ocupamos acá en la tierra el lugar del que es el autor de la paz, el amigo de la caridad, y que fiel á las divinas obligaciones de nuestro supremo apostolado abrazamos todos los países, todos los pueblos, todas las naciones con igual sentimiento de paternal amor. Y si entre nuestros súbditos hay alguno á quien arrastre el ejemplo de otros italianos, ¿por qué medio se quiere que podamos enfrenar su ardor?

«Empero, aquí no podemos dejar de rechazar á la vista de todas las naciones los pérfidos asertos publicados en los periódicos y en los diversos escritos, por los que quisieran que el Pontífice romano presidiera la constitucion de una nueva república formada de todos los pueblos de la Italia. Muy al contrario: en este punto advertimos y exhortamos vivamente á esos mismos pueblos italianos, y por el amor que les profesamos, que estén prevenidos contra esos pérfidos consejos, tan funestos para la Italia. Suplicámosles que se unan indisolublemente á sus príncipes, cuyo afecto han experimentado, y á no dejarse descarriar de la obediencia que les deben. Obrar de otro modo, no tan solo seria faltar á sus deberes, sí que tambien exponer á la Italia al peligro de ser destrozada por las discordias cada dia mas vivas, y por facciones intestinas.

«Por nuestra parte declaramos además que todas las ideas, todos los cuidados, todos los esfuerzos del Pontífice romano, solo se dirigen á extender mas y mas cada dia el reino de JESUCRISTO, que es la Iglesia, y á no retroceder de los límites de la soberanía temporal con la que la divina Providencia ha dotado la Santa Sede para la dignidad y libre ejercicio del supremo apostolado. Están, pues, en un grande error aquellos que piensan que la ambicion de una mas vasta extension de poder puede seducir nuestro corazon y precipitarnos en medio del tumulto de las armas. ¡Oh! seguramente seria una cosa muy dulce para nuestro corazon paternal, si fuera dado á nuestra intervencion, á nuestros cuidados y á nuestros esfuerzos, apagar el fuego de las discordias,



aproximar los ánimos que divide la guerra, y restablecer la paz entre los combatientes.

«Al propio tiempo que nos ha consolado en gran manera el saber que, en muchos países de la Italia y fuera de ella, nuestros fieles hijos no han olvidado en medio de sus relaciones el respeto que se debe á las cosas santas y á sus ministros, nuestra alma se ha afligido vivamente al saber que este respeto no se ha observado de igual manera en todas partes. No podemos prescindir de deplorar aquí en vuestra presencia la funesta costumbre con que se propaga, sobre todo en nuestros días, toda clase de perniciosos libelos, en los cuales se hace una encarnizada guerra á la santidad de nuestra Religión y á la pureza de las costumbres, ó bien se excita á la conmoción y á la discordia civil, predicando el despojo de los bienes de la Iglesia, atacando sus derechos mas sagrados, ó destrozando y empañando con falsas acusaciones el nombre de toda persona honrada.

«Hé aquí, venerables hermanos, lo que hemos creído deberos comunicar en este día. Solo nos falta ahora ofrecer juntos, en la humildad de nuestro corazón, continuas y fervientes oraciones á Dios omnipotente y bueno, para que se digne defender su santa Iglesia contra toda adversidad, mirarnos con misericordia desde la cumbre de Sion, y protegernos, y atraer en fin á todos los príncipes y á todos los pueblos á los tan deseados sentimientos de paz y de concordia.»

Nadie dejará de sentir las agradables impresiones que á nosotros nos causa la lectura de la anterior encíclica; ella es la contestación mas solemne á los cargos diversos y encontrados que se dirigian á Pío IX, procedentes unos del campo de la demagogía racionalista, y otros del campo de los católicos que no sabían interpretar las altas miras que tenía á la vista en el desarrollo de su plan político.

En aquellos días no faltaron hombres que se atrevieron á dudar de la integridad religiosa del que no ha cesado de ser ni un solo día modelo de pontífices, tipo de pastores.

La atmósfera contraria al Pontificado que se estaba confeccionando en Alemania á la acción malévola de la diplomacia austríaca, atormentaba el espíritu de Pío IX, que sabía bien que se debía todo á todos; su palabra apostólica insistió sobre todo en desvanecer aquellos malévolos trabajos.

Evoca el Padre Santo las tendencias de sus augustos antecesores, que se esmeraron en preparar para su pueblo útiles reformas, y hasta la participación en las tareas de la administración pública á los seglares. La rápida historia trazada sobre este particular es oportuna y digna. Pío IX acepta la responsabilidad de haber coronado la obra de Pío VII y de Gregorio XVI, así como declara á estos sus dos predecesores participantes de la gloria que pudiera redundarle por tamaña empresa.

Cada nación recibe en este documento notable su lección y su consejo: la Alemania y la Italia especialmente reciben la expresión del mas entrañable cariño; la primera dándole la seguridad de que le merece igual interés y predilección que la segunda; y esta trazándole el camino de la equidad, de la moderación, de la subordinación y de la paz, que le conviene recorrer para conseguir el bello ideal de su verdadera independencia.

En fin, todas las utopías políticas y sociales que se habían planteado á la sombra de la política expansiva de su pontificado están virilmente rechaza-

das y disipadas en esta encíclica, en la que se encuentran igualmente afirmadas la utilidad y oportunidad de las sensatas reformas y progresos llevados á cabo durante su administración.

Por esta encíclica el Papa no retrocedió ni un solo paso; levantó la frente, y dijo al universo: Ahí me tienes; estas son mis obras, examínalas y júzgame; empero júzgame por mis obras, no por las calumnias de los que me atribuyen obras que no son mías, y que no acepto.

Los campos quedaron deslindados. El espíritu del Pontificado se ostentó descartado del espíritu revolucionario. Las pasiones demagógicas supieron que ya no podían valerse de la bandera de las doctrinas católicas, y que se había concluido aquella tolerancia prudente con que Pío IX, para agotar hasta al portento los testimonios de su mansedumbre, había sufrido que se invocase su nombre por personas que tenían muy alejado del corazón el afecto católico.

Esta encíclica produjo una verdadera explosión de ira entre los demagogos. El Papa declaraba que no quería ser instrumento de ninguna indignidad, y que su misión en Italia estaba cumplida.

Los clubs resolvieron contrapesar el efecto de la palabra pontificia. Trataron primero de dirigir al universo una encíclica en nombre de la libertad, en refutación de la encíclica pontificia; empero aquel proyecto fue rechazado como á pueril: trataron después de constituir un Gobierno provisional; empero la idea de la destitución de Pío IX tenía el invencible obstáculo de la impopularidad; finalmente, una reunión numerosa celebrada en el círculo del Comercio, establecido en el palacio Theodoli, resolvió formar un Ministerio liberal subido, y presentarlo á la sanción del Padre Santo.

El alma del proyecto era Mamiani. Este hombre, dotado de apreciables cualidades, cedió al torrente de la populachería; asumiendo la jefatura de aquel club, hizo el orador de las turbas, á las que sujetó un programa en el que se consignaba la destitución de todos los eclesiásticos que ejercieran empleos públicos; la formación de un Gobierno á cuya cabeza fuera llamado Pío IX; la inmediata publicación de un manifiesto que refutara la última encíclica; la declaración formal de guerra al Austria; la publicación diaria de un Boletín de operaciones militares; y, en fin, la adopción de grandes alicientes dados á la juventud romana para que tomara parte en la guerra contra los bárbaros.

El pueblo, que siente, aunque no discurre, aceptó el programa; la guardia cívica se declaró también partidaria de su realización, y Roma, como en víspera de un combate, vió ocupados sus puntos militares y tomarse grandes é inusitadas precauciones.

Los eclesiásticos mas edificantes eran objeto de las burlas y atropellos de la chusma, que creía ver en el clero el principal obstáculo que encontraba Pío IX para ir adelante.

Cicernacchio era, como siempre, el caudillo de los agitadores; impulsado por diabólico frenesí, al saber que la revolución ha encontrado ya la forma de intimarse al Papa, vuela del Capitolio al palacio Theodoli, y acompañado por una cohorte de sicarios, entra vociferando: «¡Mueran los bárbaros, viva la revolución!»

La repugnancia que infundían las destempladas maneras de aquel infeliz repugnaban á los que, sin tener menos ideas que él, se gloriaban de conservar un resto de pudor social. Así que el mismo Mamiani creyó deber dirigirle una mesurada advertencia: «Nuestra causa triunfa, le dijo; no la compromete-



tamos á los ojos de la Europa que nos observa. En revolucion los sacrificios sangrientos redundan en contra de los sacrificadores, y es raro que los verdugos no pasen á ser víctimas. Los excesos producen la reaccion.

—Es que, persistió el furibundo demagogo, solo hay un medio de salvar la revolucion y de librar á Pio IX de los enemigos que le pierden, arruinando la sagrada causa del pueblo; los curas se han puesto entre el Pontífice y la libertad; es preciso sacrificarlos para que la libertad pase.

—Y ¿quién matará á los curas? preguntó Mamiani.

—Si la patria me lo manda, yo.

—¡Vos! y ¿pensais poderlos matar á todos?

—En verdad, esto es imposible.

—Ya veis claramente que no hariais mas que cometer inútiles asesinatos.»

Tal era el lenguaje que se usaba y los asuntos de que se trataba en el círculo del palacio Theodoli. De modo que si Ciceracchio hubiera tenido á mano un medio de matar de un golpe todos los curas, como «que aquellos asesinatos no fueran entonces inútiles,» Mamiani á lo menos hubiera deliberado sobre lo que podria hacerse.

Los votos y decisiones de aquel círculo popular fueron llevados al Ministerio. Mamiani y Sterbini se presentaron á los Ministros con el *ultimatum* del pueblo. Exigia este la completa secularizacion del Gobierno, la dimision del cardenal Antonelli, el inmediato despido del embajador de Austria, la declaracion de guerra en la *Gaceta oficial*.

Los Ministros contestaron que estaban en el poder para dirigir la nave nacional en aquel período tempestuoso; que el Papa estaba dispuesto á llevar hasta los límites de lo prudente la transaccion política, no la religiosa ni la moral; que lo que se les proponia era gravísimo, y que para resolver les era indispensable un plazo de dos dias.

Como los comisionados insistiesen en la necesidad de satisfacer las ansias populares respecto á la guerra, despues de una deliberacion de mas de dos horas, se convino en hacer una manifestacion concebida en estos términos: «El Ministerio y su Presidente, unánimes, ahora como siempre, acerca de todos los negocios, se ocupa en estos momentos, con un corazon italiano, en tomar las medidas que en su conciencia cree necesarias y útiles para bien del Estado y para el triunfo de la causa italiana.»

La tregua de dos dias fue penosamente aceptada por las masas, que pretendian una resolucion inmediata.

Devoraba á Roma una sed irresistible de sangre; los espíritus de la guerra la tenian invadida; los ángeles de la paz se hallaban encerrados en el Quirinal; allí solo residia el Soberano de la mansedumbre, el Rey del Evangelio. Todos los esfuerzos se dirigian á convencer á Pio IX de la compatibilidad de su ministerio con una declaracion de guerra. Querian convertir en espada que hiriera y matara aquel dulce labio del que manaban siempre expresiones y decretos de misericordia.

El P. Ventura, el conde Amari, el baron Pisani, diputados por Sicilia; Azzoni y Quinterio, que lo eran por la Lombardia; Bolda y Castellani de Venecia, entregaron al Papa una enérgica memoria para probarle que su deber era la declaracion.

Por todas partes se atizaba la idea de la guerra; ella constituia la primera

necesidad de la pobre Roma; llovian hojas y folletos incendiarios, y hubo una mano que se atrevió á concluir su opúsculo con estas palabras: *Ya que Pio IX no puede salvar á los italianos, sálvense los italianos sin él.*

En aquella situacion Pio IX ensayó un cambio de ministerio, llamando al cardenal Altieri, y encargándole sustituyera al Gabinete Antonelli.

El cardenal Altieri, despues de haber expuesto las inmensas dificultades que se le presentaban para el desempeño de su mision, entre las que una de las principales era la impopularidad de su nombre entre los clubistas, se manifestó dispuesto á aceptar, si Su Santidad creia que podrian vencerse los obstáculos que indudablemente iban á surgir.

Entonces el Papa le dijo: «Aguardad, haré que Mamiani venga, y celebraremos con él una conferencia.»

En efecto, al poco rato Mamiani compareció.

«Llegais á tiempo, conde, le dijo el Papa, para ayudarme á decidir á S. Ema. á fin de que forme parte del Gabinete; aceptaria, empero se cree antipático á la opinion. ¿Cómo pensais acerca del particular?»

—Santísimo Padre, contestó; el cardenal Altieri es uno de los que reunen todos los votos, y en tanto así lo creo, en cuanto me consideraria honrado siendo uno de sus colegas, y estoy en la conviccion de que esta noche podrá reunir todas las opiniones en su favor.»

Mamiani no pudo cumplir con su palabra; los clubs se resistieron á aceptar al cardenal Altieri, el que por esta répulsa se vió libre de la pesada y espinosa carga que habia consentido en aceptar por respeto y devocion al Padre Santo.

El nombre del cardenal Orioli fue mas benévolamente acogido.

De la agitacion del palacio Theodoli, salió el Ministerio Orioli-Mamiani así constituido:

El conde Terencio Mamiani, Interior.

El conde J. Marchetti, Negocios extranjeros.

El abogado Rossi, Gracia y Justicia.

El abogado Lunati, Hacienda.

El principe Doria, Guerra.

El duque de Pignaro, Comercio y obras públicas.

El abogado Galetti, Policía.

El Ministerio se exhibió con un manifiesto, cuyo espíritu de prudente moderantismo hizo renacer la confianza en los elementos conservadores de Roma, al paso que puso en benévola expectacion, á causa de algunos de los individuos que formaban parte de él, á los elementos revolucionarios.

Hé ahí el manifiesto ministerial:

«Los nuevos Ministros que Su Santidad se ha dignado llamar al Gobierno profesan los mismos principios de amor á la patria, de libertad, de orden y de justicia, bajo cuya inspiracion sus predecesores dirigieron la causa pública. El nuevo Ministerio, ante todas cosas, mira como la mas preferente la santa obra italiana, para cuyo triunfo dirige especialmente todos sus cuidados y todos sus pensamientos, convencido de que no es menester contentarse con los afectos de un ardor primero, pues que es preciso repetirlo y acrecentarlo incesantemente con infatigable celo.

«Igualmente se ocupará con lealtad y calma del desarrollo regular y pacífico de las libertades públicas y de la nueva vida constitucional, de la cual somos deudores al alma generosa de nuestro inmortal Soberano.